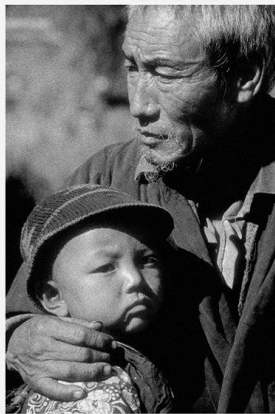


En los brazos del señor Linh: Refugio, memoria y soledad

Ana Félix Lotero Ospina
Maestría en Pedagogía de la Literatura
Universidad del Tolima IDEAD

“Todos llevamos nuestro señor Linh con nosotros y una muñeca aferrada a nuestro corazón. Miedos, ansiedades, sueños rotos, ilusiones, desconcierto y aprendizaje. Nuestro olvido tan lleno de memoria y nuestra memoria tan cargada de olvidos. Son ellos nuestro bagaje inseparable, acompañando nuestros pasos de viajeros en el tiempo, peregrinos de la vida.” Philippe Claudel.

LA NIETA DEL SEÑOR LINH PHILIPPE CLAUDEL



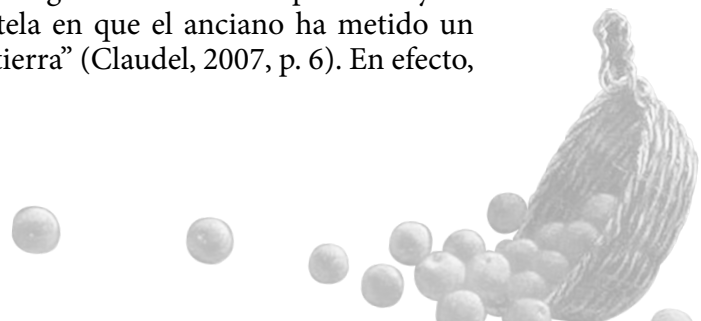
narrativa
salamandra

Bien lo decía Michell Petit que cuando alguien lee se está enfrentando a sí mismo, precisamente, eso fue lo que me ocurrió con la novela de Philippe Claudel *La nieta del señor Linh* cuando conocí la historia de un anciano que debe afrontar el exilio luego de que la guerra le hubiese robado casi todo y lo único que le quedara fueran sus recuerdos materializados en su pequeña nieta Sang Diu. Si bien esta breve historia de 126 páginas no define un tiempo ni una ubicación geográfica determinada, la experiencia de lectura parece ser universal y completamente actual donde el horror de la guerra se convierte en la excusa para fabular sobre la amistad, la vejez y el exilio, este último representado en la distancia cultural y el desconocimiento de la lengua que lo hace aún más foráneo.

En este orden de ideas, la novela se enfoca sobre la vida del señor Linh en un nuevo país para él desconocido en el que no conoce siquiera su lengua, allí empieza a experimentar un sinfín de recuerdos en torno a la tierra que tuvo que abandonar con la compañía de su nieta en cuyo rostro tiene su encuentro con el pasado. Así pues, la existencia de la pequeña Sang Diu se convierte en la esperanza de vida que hace al señor Linh aferrarse a ella como si de ella dependiera su vida. De esta forma, el encuentro con la novela se convirtió para mí en una oportunidad para enfrentarme conmigo misma, con mis miedos y con mi memoria que por momentos también suele aferrarse a una esperanza reflejada en el rostro de los nietos.

Primer encuentro: Tristes rostros

La mañana de abril que lo conocí, el señor Linh estaba en la popa de un barco en un viaje atemporal y mientras se alejaba de su país se aferraba a sus antepasados y sus muertos. A primera vista, me sorprendió ver la criatura que sostenía en sus brazos y no pude evitar pensar en las razones que lo impulsaron al exilio cuando supe lo que llevaba en su pequeña maleta: “ropa usada, una fotografía casi borrada por el sol y un saquito de tela en que el anciano ha metido un puñado de tierra” (Claudel, 2007, p. 6). En efecto,



fue lo único que pudo llevarse, bien fuera por la premura que implicaba el viaje o por tener la capacidad de cargar al bebé entre sus brazos.

Aunque en el barco había más viajeros errantes que lo han perdido todo a mí solo me importó el señor Linh y la pequeña que llevaba en los brazos. El viaje duró seis semanas: para el anciano fue como haber envejecido un siglo, pero para mí fue como detenerme en el tiempo. Durante no sé cuánto dejé de escuchar el sonido de manecillas del reloj porque había una canción que las eclipsaba en mi cabeza. Era el señor Linh que le susurraba a la pequeña niña en sus brazos mientras se sumergía en su mirada.

En el anciano se podía ver la nostalgia por su patria y un amor rebosante por la pequeña, y aunque era un poco torpe en sus movimientos, la cuidaba con cautela: la protegía y alimentaba para que no le faltara nada: ni la tierra, ni la memoria, ni la identidad. Parecía que hacía un buen trabajo porque la niña nunca se escuchó llorar.

Llegaron un día de noviembre al puerto. El anciano Linh y la pequeña que lleva en sus brazos se negaban a desembarcar. Tenían el miedo de abandonar definitivamente todo lo que le unía a su tierra. Habían llegado a un nuevo país que no tenía olor ni recuerdos. Para soportar la nostalgia, el señor Linh apretó a la niña contra su pecho y le empezó a cantar al oído la canción que me ha tenido enajenada. Cantaba para escuchar su propia voz “y la cadencia de su lengua” (Claudel, 2007, p. 6), pero lo que aquel anciano no sabía es que también estaba cantando para mí que sostenía el libro con fuerza: como quien se aferra a su pasado.

El señor Linh: un anciano que lleva a la patria entre sus brazos.

El señor Linh, agotado por el exilio, se sienta con la pequeña en su regazo y empieza a evocar su pasado: su adorada esposa, su hijo, su nuera, su patria; todos se encuentran intactos en su memoria, “como un retrato primorosamente trazado y pintado con colores maravillosos” (Claudel, 2007, p. 18). Así, la soledad del anciano es similar a la que me acompañó en cada momento

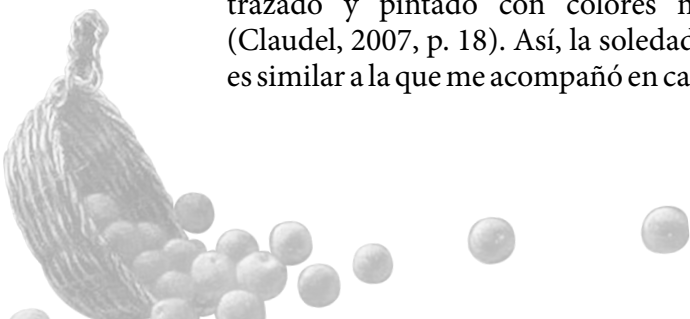


Escritor Philippe Claudel

de la lectura. La magistralidad de la narración ha conseguido llevarme al espacio psíquico donde se elabora la posición del sujeto (Petit, 2000), en otras palabras, este relato ha conseguido que me deslice como lectora entre sus personajes y, por lo tanto, apropiarme del exilio que afronta el señor Linh y su nieta. Exilio que también es el mío, puesto que cuando leemos este tipo de relatos, “no somos los que somos habitualmente, sino también los seres hechizados entre los cuales el novelista nos traslada. El traslado es una metamorfosis: el reducto asfixiante que es nuestra vida real se abre y salimos a ser otros, vivir vicariamente experiencias que la ficción vuelve nuestras.” (Vargas Llosa, 2015, p. 22).

Al señor Linh solo le quedan los recuerdos de su familia y su patria reflejados en su nieta. A mí me queda un baúl de recuerdos que ha quedado descubierto a medida que avanza la narración. El anciano está a miles de kilómetros de una aldea que ya no existe, “a miles de kilómetros de unas tumbas huérfanas de sus cuerpos, muertos a unos pasos de ellas, está a miles de días de una vida que antaño fue hermosa y feliz” (Claudel, 2007, p. 26). Como lectora, mi realidad no es distinta, probablemente sea menor la distancia, pero la soledad es la misma: me siento igual de huérfana en este viaje sobre tierras ajenas, soy una nómada más que junto al señor Linh lleva una patria entre sus brazos.

En efecto, la novela que he venido leyendo me ha llevado a interrogar mi propia existencia,



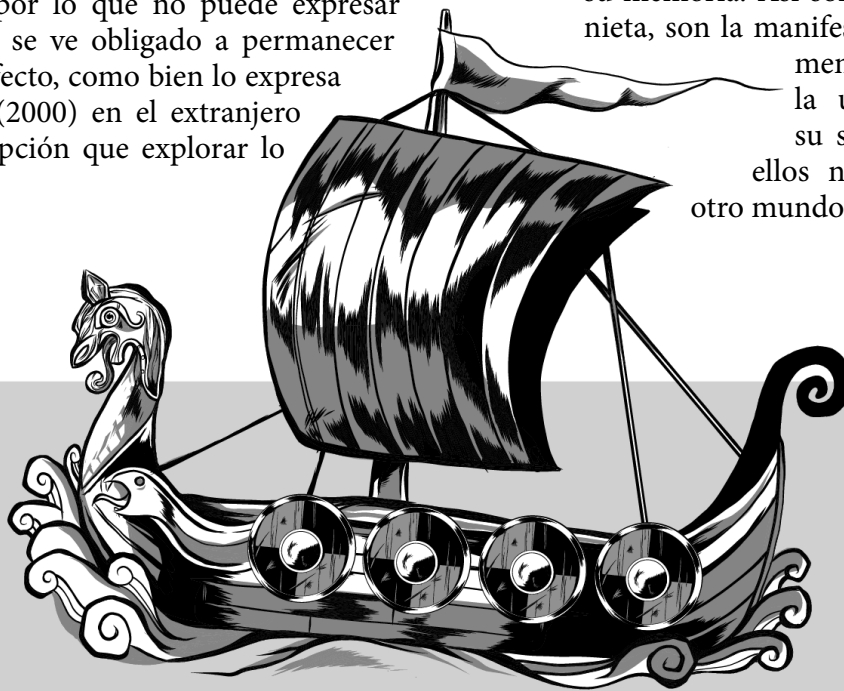
provocando un intenso sentimiento de soledad y nostalgia. La historia de un anciano que protege a su nieta en medio del exilio ha liberado las emociones que estaban bloqueadas en mi interior, me han transportado a otro lugar y me han posicionado en un contexto hostil. Definitivamente, como nos lo enseña Proust (1998, p.289), “cada lector es, cuando lee, e propio lector de sí mismo. La obra de un escritor no es más que una especie de instrumento óptico que él le ofrece al lector a fin de permitirle discernir aquello que, sin ese libro, quizás no habría visto en sí mismo”.

Es así como la lectura de *La nieta del señor Linh* fue una experiencia que me hizo volver a ese “yo” que había estado perdido. Lo anterior ocurrió gracias a que la experiencia estética permite leer el mundo y la obra, en el caso mencionado, fue el instrumento que facilitó contemplar la soledad y el exilio desde la empatía, desde la posibilidad de compartir el silencio, el destierro y la desesperanza de haber abandonado la patria. Atrás quedaron los horrores de la guerra, pero la añoranza de volver es causa de una aguda tristeza para este hombre que debe asumir las sombras del pasado que nublan su entendimiento. Ni siquiera cuenta conocer la nueva lengua del mundo al que ha llegado por lo que no puede expresar sus emociones y se ve obligado a permanecer en silencio. En efecto, como bien lo expresa Milán Kundera (2000) en el extranjero no queda otra opción que explorar lo desconocido.

Mientras el señor Linh se aferraba a su nieta y la cuidaba con dedicación para no perder lo único que tenía de su patria, yo vivía un redescubrimiento propio y una transformación de mi ser. Estos son los efectos del exilio: el desgarró, la separación, el constante desplazamiento, la ausencia de un hogar o un domicilio. De esta manera abandonar la patria conlleva un aislamiento, una pérdida de tradiciones, una constante sensación de no sentirse en ninguna parte debido a ese sentimiento originario “de las raíces del ser, que solo en tierra encuentra su patria, su lugar natural, a pesar de la lucha que ello entraña” (Zambrano, 1989, p. 238).

Memoria y soledad

El señor Linh es más que un personaje de ficción, se ha convertido en el símbolo de una sociedad inventada de características particularmente idílicas. Aquel anciano de sentimientos nobles y altruistas es un exiliado sin patria que se encuentra preso del temor al tener que labrarse un nuevo destino por cuenta propia. Así pues, el señor Linh y Sang Diu son la personificación de los inmigrantes que han tenido que abandonar sus tierras para salvar sus vidas. Ellos se tienen mutuamente, como quien está completamente solo y únicamente cuenta con la compañía de su memoria. Así son el anciano y su nieta, son la manifestación de que la memoria resulta ser la única cura para su soledad, fuera de ellos no existe ningún otro mundo.



Y comprende que está solo en el mundo con su nieta. Solo los dos, Que su país está lejos. Que su país en cierto modo, ya no existe. Ya no es que fragmentos de recuerdos y sueños que solo sobreviven en su cabeza de hombre viejo y cansado (Claudel, 2007, p. 40).

La otra realidad que vive el señor Linh me consternó por completo, su soledad se impregnó en mí durante cada página y evocó la memoria de mi familia como si fuera una especie de revelación. La experiencia lectora que me brindó la obra constituyó una nueva concepción del mundo, una valoración del pasado y una comprensión del destierro.

Viendo todo eso, el anciano se acuerda del día gris de su llegada a aquel país, a aquella ciudad. Pese al calor, se estremece. De pronto, es como si sobre su piel cayera de nuevo la fina lluvia helada de aquella tarde, reciente y a la vez lejana. Las grúas se lo han recordado. Las grúas del puerto. Reflexiona, se detiene (Claudel, 2007, p. 61).

Sin lugar a duda, para comprender lo que ocurre con el señor Linh y la pequeña en sus brazos es indispensable leer más allá de la letra impresa; incluso, se requiere aprender a escuchar el silencio de Sang Diu para comprender que su reposo inalterable es el testimonio del conflicto que los obligó al exilio. La niña nació en medio del dolor y se ha convertido en la extensión de él mismo, en ella siente el olor de su tierra y gracias a este sentimiento que despierta el señor Linh mitiga su soledad.

Es el comienzo de una primavera muy hermosa. Los primeros días. El anciano mira a su amigo y sonríe. Estrecha la hermosa muñeca entre sus delgados brazos, la estrecha como si su vida dependiera de ello, la estrecha como estrecharía a su nieta, silenciosa, tranquila y eterna, una hija del alba y de oriente. Su única nieta, la nieta del señor Linh (Claudel, 2007, p. 40).

De esta forma, la pequeña Sang Diu es la imagen eterna del pasado y la posibilidad de modificar la experiencia propia del olvido. Por lo tanto, descubrir el peso liviano de la nieta sobre el pecho del anciano me lleva a pensar en la levedad

del tiempo. En efecto, el trabajo de cuidado que tiene el señor Linh con la pequeña es una labor de cuidar sus propios recuerdos, así como mi lectura de esta novela se ha convertido en una apertura a mi pasado donde los recuerdos se erigen como ruinas de experiencias que quedaron marcadas en el tiempo.

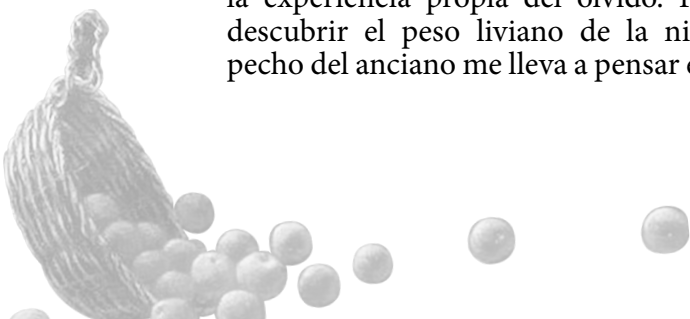
Momento de volver a abordar la normalidad.

La lectura de *La nieta del señor Linh* se convierte en una agitación de la cotidianidad donde, a través de la ficción, se le permite al lector imaginar otras posibilidades. Tal y como lo menciona Petit (2000): “sin ensueño, sin fantasía, no hay pensamiento, no hay creatividad” (p. 51). De esta manera, el ensueño en el que se encuentra el anciano se convirtió en una regresión hacia mis vínculos oníricos, lo que me permitió atenuar las tensiones que la nostalgia del pasado menoscabó en mi interior.

Este es el poder de la literatura: nos enseña como lectores lo que fuimos y lo que somos al tiempo que nos muestra cómo seremos en un futuro no muy lejano. Así pues, la obra ha logrado interrumpir mi enajenación y me ha predisposto a la realidad de los exiliados, me ha permitido sentir el dolor, la soledad y la nostalgia de los desterrados que, al igual que el señor Linh, han huido de su patria con la memoria herida.

No pretendo con esto decir que Claudel (2007) intentó materializar la historia en la figura del señor Linh y su nieta, esto sería una lectura sumamente reducida de la obra, pero lo que sí puedo asegurar es que en el anciano y aquella pequeña inerte está representada una relación simbiótica entre la memoria y la soledad. En efecto, la niña que carga en sus brazos es lo único que le sostiene en medio del exilio por lo que cuidarla a ella es sinónimo de cuidarse a sí mismo. Algo semejante a lo que ocurrió conmigo como lectora que, al terminar de leer la novela, no pude evitar volver a releerla porque necesitaba encontrarme a mí misma, porque sentí que me había perdido también en aquel país desconocido.

Nos revelamos, entonces, como otros, nos rebelamos como otros, nos transformamos en otros; percibimos lo otro sin encasillarlo en categorías imperativas. Al contrario, la alteridad se hace presente a través de la



ambigüedad, lo contradictorio, lo paradójico, lo contingente, lo finito, lo abierto y lo múltiple; dinámicas propias de la vida, de una vida que en ocasiones parece olvidada gracias a la lógica que buscamos darle (Silgado, 2019, p. 30).

Así fue como la primera lectura de la novela fue, como diría Alex Silgado (2019), un acto de leer sin leer, porque no pude verlo todo y por lo tanto se me dificultó comprender lo que ocurría en

la narración. Por ende, estuve confundida entre mis pensamientos eclipsados y el relato de un anciano que cuidaba a su nieta. Por eso fue que la lectura de esta obra se convirtió para mí en un instrumento para evocar los sentimientos más ocultos y poder descubrirme sola, sumida en un mar de recuerdos que me obligaban a aferrarme al libro para no naufragar en la profundidad del silencio.

Referencias Bibliográficas

<https://trabalibros.com/libros/nieta-se%C3%B1or-linh-philippe-claudel>

Claudiel, P. (2007). *La nieta del señor Linh*. Editorial Salamandra-Narrativas.

Kundera, M. (2000). *La ignorancia*. Trivillus.

Petit, M. (2000). Lectura literaria y construcción del sí mismo. https://literaturainfantilpep.weebly.com/uploads/7/8/4/7/78478236/petit_michel_lectura_literaria_y_construcci%C3%B3n_de_s%C3%AD_mismo.pdf

Proust, M. (1998). *El tiempo recobrado*. Editorial Biblioteca Proust.

Silgado, A. (2019). Fragmentos (inconclusos) sobre lectura, alteridad y novela. *Ergoletrías*, 6(6), 24-31.

Vargas Llosa, M. (2015). *La verdad de las mentiras*. Debolsillo.

Zambrano, M. (1989). *Delirio y destino*. Mondadori.



https://www.google.com.co/url?sa=i&url=https%3A%2F%2Fwww.pinterest.com.mx%2Fpin%2F573083121340912246%2F&psig=AOvVaw2YiV4D6kmyW7_a_mND-BEn4&ust=1625081736114000&source=images&cd=vfe&ved=2ahUKEwiXn5Wuy73xAhWqcTABHcXpAScQr4kDegUIARDEAQ

